"Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2012)"

- Eje temático sugerido: Cultura

- Título del trabajo: "Evita: Jefa Espiritual de la Nación (La dimensión religioso-política del mito de Evita)"

- Nombre y pertenencia institucional del o los autores: María José Cisneros Torres-UNT

- Dirección electrónica: mjcisneros76@gmail.com

Un análisis de la enorme significación histórica que aún hoy sigue teniendo un personaje de la talla de Eva Duarte de Perón, no puede pasar por alto la fecunda mitología que en torno a ésta se construyó. Objeto de amorosa y fanática devoción, pero también de ferviente desprecio y escarnio, ya en vida Evita despertaba grandes disputas simbólicas entre sus admiradores que la exaltaban como la dama de la esperanza, la abanderada de los humildes o el hada buena y sus detractores que la denostaban como la mujer del látigo, la prostituta o la yegua. Y es que, como muchos han señalado, la potencia mítica de su imagen es enorme, no sólo porque su muerte temprana y trágica la catapulto en el panteón de los héroes que permanecen siempre vigorosos en la memoria social, sino sobre todo, por el carácter profundamente disruptivo de su figura en la historia argentina. Su condición hondamente plebeya, en tanto no sólo fue una mujer perteneciente a las clases populares, sino además, una hija ilegítima que llegó a tener un poder político[1] como nunca antes lo había tenido una mujer en nuestro país, constituyó un hecho que conmovió los cimientos del orden social de la Argentina de mediados del siglo XX. Y lo constituyó, porque para los

[1] Poder que si bien fue informal, en tanto Eva nunca llegó a ocupar un cargo importante y electivo en el gobierno, fue un poder legitimado por amplios sectores de la sociedad. A tal punto fue así que hacia 1951, con un fuerte respaldo de la CGT, el Cabildo Abierto Justicialista llegó a proclamar a Evita como candidata a vicepresidente.

sectores subalternos, Evita encarnó su propia redención, pues en ella se vieron como nunca antes representados. Mientras que para las elites dominantes y una parte importante de las clases medias, por el contrario, Evita significó una gran amenaza, el "hecho maldito" de una sociedad en decadencia.

No es el propósito de este artículo dar cuenta de las múltiples versiones a través de las cuales se expresa el mito de Evita, sino antes bien, detenernos a analizar la dimensión político-religiosa que el Estado peronista le imprime a éste en tanto corona a Evita como "Jefa Espiritual de la Nación". Entendemos que esta clave de lectura, permite dar cuenta de cómo este mito contribuyó de manera muy eficaz al proceso de constitución de lo que podríamos denominar un "cristianismo popular justicialista".

De las complejas y dinámicas relaciones entre peronismo y catolicismo

Las relaciones entre peronismo y catolicismo son sin duda complejas y han sido objeto de diversos trabajos de investigación con perspectivas de análisis muy disimiles entre sí. En esta ponencia no abordaremos dichas relaciones desde un punto de vista político-institucional, es decir poniendo el acento en las alianzas y/o conflictos políticos que se dieron entre la Iglesia católica y el Gobierno peronista. Tampoco nos haremos eco de aquellas lecturas que entienden que el peronismo fue sólo la expresión política del "mito de la Nación Católica" (Zanatta, 1999) o de aquellas, que por el contrario, lo consideran un proyecto anti-católico que buscó erigirse como "Iglesia Nacional". (Bosca, 1997).

Desde nuestra perspectiva – y siguiendo en esto a (Cucchetti, 2003)- los vínculos entre peronismo y catolicismo deben ser abordados como vínculos complejos y dinámicos, pues la emergencia de una identidad como la peronista implicó una fuerte continuidad con un imaginario católico de corte anti-liberal y anti-comunista, así como también un punto de inflexión y ruptura respecto de éste. Esto fue así porque el peronismo, al ser un movimiento político con aspiraciones fuertemente hegemónicas, fue construyendo y articulando su

identidad a partir de una lógica de carácter populista. Lógica, que de acuerdo con Aboy Carlés, implica:

> "…ese doble proceso de asimilación y rechazo, de inclusión y exclusión de la alteridad constitutiva porque es sólo ese proceso el que permite gestionar la heterogeneidad interna y externa de un movimiento que mantiene la aspiración a la una representación global de la comunidad cuando el camino no es la guerra civil ni el exterminio del adversario" (Aboy Carlés, 2005: 8).

Lo que expresado en otros términos significa que el peronismo en su afán hegemónico, en su pretensión de llevar a cabo una "reforma espiritual" de la sociedad argentina y hacer de la parte (la doctrina peronista) el todo (la doctrina nacional), tuvo que negociar[2] continuamente con las identidades sociales y políticas que le preexistieron, pues lejos de buscar la eliminación de éstas, lo que procuró es peronizarlas, representarlas globalmente. Así, de hecho y muy especialmente, buscó hacerlo con una identidad como la católica integral, respecto de la cual el peronismo se presentó como continuidad, y al mismo tiempo, como ruptura en tanto –como intentaremos en esta ponencia demostrar- se sintió su más légitimo heredero. De allí, los rechazos y las adhesiones que despertó este movimiento entre los diversos sectores que conformaron ese heterogeneo, y no exento de conflicitividades internas, mundo católico.

Mundo, que de la mano del movimiento católico integral[3], había comenzado a hacerse sentir con fuerza en el espacio público, ya en los años 20, pero muy especialmente, a partir de los años 30. Años en los que el mito liberal-conservador[4], que hasta entonces había detentado la hegemonía en nuestro país, entró en una profunda crisis, que no sólo fue

---

[2] "Claro está que utilizamos el término "negociación" en sentido estrictamente metafórico. Las articulaciones hegemónicas suponen un proceso más vasto, complejo e impersonal que aquel evocado por un término inescindible de la acción raciona" (Aboy Carles, 2005: 3)

[3]Dentro del mundo católico, además del movimiento católico integral, se encontraba el denominado catolicismo "democrático", que se agrupaba en torno a grupos ligados a la experiencia de la Democracia Cristiana. Estos en diciembre de 1945, a través de una carta, llamaron a votar por la Unión Democrática.

[4] Mito liberal-conservador de fuerte raigambre en la sociedad argentina, en tanto constituyó el relato que dio fundación a nuestro Estado Nacional, exaltando de éste su condición de "granero del mundo". Al decir de Plotkin " Este consenso, que se basaba en las premisas ideológicas del liberalismo decimonónico tal como era éste entendido en América Latina, enfatizaba la necesidad de mantener una sociedad sin conflictos y formalmente democrática aunque de hecho gobernada por una élite ilustrada (…) La solidez de este consenso en las elites que controlaban el Estado fue una de las características más importantes de la cultura política Argentina hasta la segunda década de este siglo" (Plotkin, 1994, págs. 19-20)

económica, sino y por sobre todo, de legitimidad[5]. Todo lo cual, generó entonces un contexto propicio para que este catolicismo de corte integral, que contaba con el apoyo institucional tanto de la Iglesia local como de la Iglesia de Roma, llevara a cabo su intento de recristianizar, desde una matriz antiliberal y anticomunista, la vida personal y social de los argentinos. No es casual, por tanto, el apoyo que en sus comienzos brindó éste al peronismo, dado que creyó encontrar en este movimiento el brazo político capaz de ejecutar la cristianización del espacio público. Apoyo que con el tiempo se diluyó o aumentó, dependiendo de la vertiente del catolicismo integral que se analice.

En efecto, las filas del catolicismo integral, lejos estuvieron de ser homogeneas. Hubo una vertiente integrista (representada por Meinveielle), una vertiente de los católicos sociales (representados por Franceschi) y una vertiente populista (representada por Benitez). Y si bien tales vertientes coincidieron en cuanto a la necesidad de una restauración católica frente a la "grave crisis de la patria", se diferenciaron respecto del modo en que consideraron debía llevarse a cabo dicha restauración. Mientras los integristas intentaron hacerlo por la vía de la coacción y a través del Estado, los católicos sociales procuraron hacerlo mediante el consenso y desde la sociedad, al tiempo que los católicos populistas buscaron que la Iglesia rompiera sus ataduras con las clases oligarquicas y ligara su fe a la suerte del pueblo. (Cucchetti, 2005)

Exceden los límites de este trabajo mostrar cuáles son las relaciones que a lo largo del tiempo el peronismo fue estableciendo con cada una de estas vertientes del catolicismo integral. Al respecto, lo que nos interesa destacar es que tal como señala Cucchetti:

> "Desacertado es el esquema que pretende clasificar la evolución desde un origen peronista tributario de elmentos católicos a un segundo peronismo anti-católico. Ambos momentos históricos fueron constituidos desde simbolismos religiosos. El desarrollo histórico del peronismo como proyecto totalizante, al compartir la misma ambición y con contenidos a veces sustitutivos del catolicismo militante, haría inevitable la aparición de puntos de ruptura y antagonismo. A su vez,

[5] El proceso de industrialización y modernización iniciado en los años 30 puso en crisis la legitimidad del orden liberal, debido a que el protagonismo cada vez más visibles que las masas urbanas comenzaron a tener en el espacio público, hizo necesario un nuevo consenso social, cultural y económico, basado en un modo distinto de sentir la pertenencia a la nación y en una distribución más equitativa de los bienes materiales y simbólicos.

dicha ruptura no fue total, y en los espacios de intersección hubo resultados diversos (católicos que se alejaron definitiva o provisionalmente del peronismo, católicos que rompieron con la institución)" (Cucchetti, 2005):

Ciertamente, el peronismo a medida que fue construyendo su identidad y generando un imaginario político-cultural otro al imaginario liberal que hasta entonces había sido el dominante en la política argentina, se fue nutriendo de ciertos simbolismos provenientes del imaginario anti-liberal y anti-comunista que había venido ya gestándose en las filas del catolicismo integral. Pero al mismo tiempo, le disputó a éste esos simbolismos, en tanto procuró, cada vez con mayor énfasis, peronizarlos, conferirles un sentido propio y desvincularlos del discurso oficial de la Iglesia católica. Justicia social, tercera posición , ayuda social, defensa de la soberanía nacional y del rol de intermediador del Estado (por mencionar sólo algunas de las principales banderas del peronismo), son todas cuestiones que venían siendo planteadas como alternativas al liberalismo por el catolicismo integral y, muy especialmente, por su vertiente popular[6].

Semejante apropiación que hizo entonces el peronismo de estos significantes vinculados al imaginario del catolicismo integral, generó en consecuencia, divisorias de aguas en éste. Así, para la vertiente integrista incurrió el peronismo en herejía, sobre todo dado el tamiz cada vez más popular y de culto a sus líderes que fue tomando. Para la vertiente del catolicismo popular, en cambio, el peronismo constituyó la expresión política de un auténtico cristianismo, pues a través de sus políticas de corte social, éste por fin logró hacer realidad efectiva la Doctrina Social de la Iglesia.

Eva Perón y la construcción de un cristianismo en clave peronista

Si la figura de Eva Perón había resultado, desde un comienzo, controvertida para el mundo católico por sus orígenes ilegítimos y su condición de actriz, lo fue aún más, a partir de la cada vez mayor operación de peronización que ésta fue llevando a cabo del

[6] Cabe aclarar que estas banderas formaban parte también del imaginario nacionalista, especialmente del nacionalismo popular que encarnaba el grupo FORJA. Excede los límites de este trabajo plantear las relaciones entre nacionalismo y catolicismo, es decir entre cómo en sus distintas expresiones confluyeron o no en su crítica al liberalismo.

imaginario católico popular. Operación, que si bien la llevó a adoptar en ocasiones posiciones muy críticas respecto del clero, no sólo no implicó esto un alejamiento de la doctrina cristiana, sino antes bien, una apropiación y re-significación de la misma. Y es que, tal como sostuvo, en las clases que dictó de la Escuela Superior Peronista.

> "Nosotros los peronistas concebimos el cristianismo práctico y no teórico. Por eso, nosotros hemos creado una doctrina que es práctica y no teórica. Yo muchas veces me he dicho, viendo la grandeza extraordinaria de la doctrina de Perón: ¿Cómo no va a ser maravillosa si es nada menos que una idea de Dios realizada por un hombre? ¿Y en qué reside? En realizarla como Dios la quiso. Y en eso reside su grandeza: realizarla con los humildes y entre los humildes." (ESP, 1952:18)

Afirmación esta que entraba en consonancia con la décimo cuarta de las "Las veinte verdades peronistas"[7], según la cual: "El Justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista". Profundamente cristiana porque estaba inspirada en la Doctrina Social de la Iglesia (según lo había reconocido el propio Perón en numerosas ocasiones) y porque como continuamente procurará mostrar Eva el peronismo era el auténtico cristianismo. Y lo era porque en su opción por los descamisados, en su búsqueda permanente de justicia social, en sus obras concretas de ayuda social, la doctrina justicialista aspiraba a concretar lo que hace dos mil años había sido ya anunciado por Cristo:

> "Lo que ha fracasado no es el cristianismo. Son los hombres los que han fallado aplicándolo mal. El Cristianismo no ha sido todavía bien probado por los hombres porque nunca el mundo fue justo... El Cristianismo será verdad cuando reine el amor entre los hombres y entre los pueblos; pero el amor llegará solamente cuando los hombres y los pueblos sean justicialistas. (Perón E., 1951:258)

De allí que, para Evita, resultara urgente la tarea de "convertir" a todos a la doctrina justicialista, porque sólo a través de está, de su efectiva realización, patria y religión adquirirían su verdadero significado. De allí, también, su fanatismo, su entrega total a la

[7] Verdades que Perón anunció por primera vez al pueblo un 17 de octubre de 1950 y que pueden ser consideradas como la expresión más acabada de lo que podríamos denominar un "catecismo peronista".

causa de Perón, porque además de ser ésta la causa de la patria y del pueblo era la causa de Cristo:

> "No he de cometer la herejía de compararlo con Cristo... pero estoy segura de que, imitándolo a Cristo, Perón siente un profundo amor por la humanidad y que eso más que ninguna otra cosa lo hace grande, magníficamente grande. Pero es grande también porque él ha sabido darle forma práctica a su amor creando una doctrina para que los hombres sean felices, y realizándola en nuestra tierra" (Perón Eva, 1951: 255)

Ciertamente, la realización de esa doctrina, de ese cristianismo auténtico y práctico[8] era para Eva lo que diferenciaba, precisamente, a la vieja y oligárquica argentina de la "Nueva Argentina de Perón". Una nueva Argentina, en la que los grandes privilegiados eran los descamisados, los grasitas, pues: "¿Acaso no dijo Él que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuviesen hambre y en los que tuviesen sed?" (Perón Eva, 1951:218). Una nueva Argentina, en la que ella en tanto mujer, proveniente de las clases trabajadoras, profundamente cristiana y fanáticamente peronista, tenía como gran misión la de realizar de manera eficaz e inmediata la "ayuda social" porque:

> "No es filantropía, ni es caridad, ni es limosna, ni es caridad social, ni es beneficencia. Ni siquiera es ayuda social, aunque por darle un nombre aproximado yo le he puesto ése.
>
> Para mí es estrictamente justicia. Lo que más me indignaba al principio de la ayuda social, era que me calificasen de limosna o de beneficencia.
>
> Porque la limosna fue siempre para mí un placer de los ricos: el placer desalmado de excitar el deseo de los pobres sin dejarlo nunca satisfecho. Y para eso, para que la limosna fuese aún más miserable y más cruel, inventaron la beneficencia y así añadieron al placer perverso de la limosna el placer de divertirse alegremente con el pretexto del hambre de los pobres. La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza y de poder para humillar a los humildes.
>
> Y muchas veces todavía, en el colmo de la hipocresía, los ricos y los poderosos decían que eso era caridad porque daban -eso creían ellos- por amor a Dios.
>
> ¡Yo creo que Dios muchas veces se ha avergonzado de lo que los pobres reciben en su nombre! " (Perón Eva, 1951:182)

Tamaña crítica a la limosna y la beneficencia que de las palabras de Eva se desprenden, significaba poner en cuestión una práctica, no sólo llevada a cabo por las

---

[8] Es importante destacar que tanto Evita como Perón apelaban al término cristianismo y no catolicismo a la hora de vincularlo con el peronismo. Esto parece haber sido así, puesto que lo que buscaban era demarcarse e independizarse del control institucional de lo religioso.

damas de la alta sociedad, sino además, legitimada y alentada por la Iglesia católica. Iglesia, respecto de la cual, Eva Perón fue distanciándose cada vez más, pues empezó a sostener posiciones muy críticas en relación a la jerarquía eclesiástica. Lo que se hizo aún más evidente hacia el final de su vida, periodo en el que comenzó la redacción de un nuevo libro titulado *Mi mensaje*[9]. Dividido en 30 capítulos breves, en este escrito Eva reivindica el fanatismo como profesión de fe y condena tanto a los altos círculos de las Fuerzas Armadas por complotar contra Perón como a la jerarquía de la Iglesia Católica por la ausencia de compromiso con los sufrimientos del pueblo argentino:

> "Yo no he visto sino por excepción entre los altos dignatarios del clero generosidad y amor... como se merecía de ellos la doctrina de Cristo que inspiró la doctrina de Perón (…) No les reprocho haber sido ingratos con Perón, que les dio de su corazón cristiano lo mejor de su buena voluntad y de su fe (...). Les reprocho haber traicionado a Cristo que tuvo misericordia de las turbas. Les reprocho olvidarse del pueblo y haber hecho todo lo posible por ocultar el nombre y la figura de Cristo tras la cortina de humo con que lo inciensan.
>
> Yo soy y me siento cristiana. Soy católica, pero no comprendo que la religión de Cristo sea compatible con la oligarquía y el privilegio" (Perón Eva, 1987)

Si bien la acusación de cristianismo falso, de fariseos, que Eva Perón hace al alto clero, aparece explícitamente por primera vez en *Mi mensaje*, no es novedosa la distinción que hace entre un cristianismo puramente teórico y un cristianismo práctico y auténtico. Cristianismo este último, que como hemos intentado mostrar en este apartado, Eva Perón identificó siempre con el amor efectivo al pueblo, y en consecuencia, con el peronismo. De donde se sigue entonces, que no sólo apeló continuamente a la doctrina cristiana como fuente de legitimación de la propia doctrina peronista, sino que además, lo que buscó mostrar fue que la realización práctica de los mandatos de Cristo las llevaba a cabo únicamente el peronismo. De allí que sea lícito atribuirle a ésta la condición de principal impulsora o hasta de principal "predicadora" de un "cristianismo popular justicialista" (Caimari: 2010). Un cristianismo, que a nuestro entender, no debe ser considerado en

[9] La historia de este libro es particular, puesto que aún cuando al leer Perón el testamento de Eva el 17 de octubre de 1952 se hizo referencia a su pronta publicación, esto de hecho, no sólo nunca sucedió (al parecer por su fuerte contenido crítico a los militares y al clero), sino además, que este texto desapareció de la escena pública. Recién en 1987 volvió a aparecer, y luego de un fallo de la justicia en el que se reconoció su autenticidad, fue publicado.

términos de una "Iglesia Nacional Peronista" (Bosca, 1997), sino antes bien, como expresión de la apropiación y re-significación que el peronismo hizo de ese imaginario católico popular, que se había ido constituyendo como respuesta crítica a la crisis del orden liberal-conservador.

La dimensión política-religiosa del mito de Evita

El "cristianismo popular justicialista", que había comenzado a gestarse en torno a la apasionada prédica de Eva Perón, encontró fuerza inusitada, a partir de la enfermedad de ésta, y más aún, luego de su muerte. Esto fue así, porque toda expresión de religiosidad, necesita de santos y mártires, y sin ninguna duda, la biografía de Evita constituía un terreno fértil para su mitificación. No sólo por su muerte temprana y trágica, sino también, por el modo hagiográfico en el que ella misma eligió narrarla. En efecto, en su famosa autobiografía[10], *La razón de mi vida,* Evita dio cuenta de la "misión" que descubrió tenía en esta vida a partir de "su día maravilloso", del día en que conoció a Perón y se "convirtió" y "entregó completamente" a su causa. Lo que sumado al lenguaje mesiánico que usó y a la apelación continúa de analogías cristianas que llevó a cabo, hicieron que este libro fuese leído como esas historias de vidas ejemplares de los santos.

De hecho, no parece haber sido otra la clave de su lectura dentro del mundo peronista, puesto que como da cuenta Marysa Navarro:

> "Desde la aparición de *La razón de mi vida*, un artículo detrás de otro alababa su valor literario, su significado, la profundidad de los sentimientos allí expresados, etc. "¿Qué otra voz en el mundo ha despertado igual resonancia en el alma del ser humano?", preguntaba *Democracia.* "Únicamente la voz de Jesús" "(Navarro, 1994: 266)

No resulta extraño, entonces, que dado su alto contenido "pedagógico", el 17 de julio de 1952, el Congreso aprobara una ley que declaraba a *La razón de mi vida* como

[10] "La Razón de mi vida" apareció publicado en septiembre de 1951. Como es de público conocimiento Eva Perón no lo redactó. El periodista Penella de Silva fue quien lo hizo.

texto obligatorio en todas las escuelas del país. Medida esta de exaltación de la figura de Evita, que lejos de ser aislada, constituyó en realidad una más dentro de un conjunto de acciones que el Estado peronista fue realizando con el propósito de honrarla en vida, pero sobre todo, con el de dotar a su figura de una halo de santidad. Al respecto, caben destacar otras acciones, tales como: el colocar en escuelas, plazas y diversos edificios públicos bustos de Evita; el cambiar el nombre de una ciudad como la de Quilmes por el de Eva Perón (cambio que se haría, también, más tarde respecto de la ciudad de La Plata); y muy especialmente, el que a instancias del entonces diputado Héctor Cámpora, el 7 de mayo de 1952 (día del cumpleaños de Evita) el Congreso le otorgara a ésta el título de "Jefa Espiritual de la Nación" (Navarro,1994: 266-67)

A estos panegíricos impulsados desde el gobierno peronista se sumaron, además, manifestaciones religiosas de carácter espontáneo y popular como la celebración de misas cotidianas o las peregrinaciones al santuario de la Virgen del Luján. El 20 de julio, frente a la inminencia de la muerte de Evita, fue la misma CGT la que patrocinó una misa en la avenida 9 de Julio. Misa a la que asistieron millares de personas, pese a la lluvia fría que caía ese día. Los oficiantes de la misma fueron dos sacerdotes peronistas: el padre Virgilio Filippo y el padre Hernán Benítez. Este último habló de Eva Perón como de una mártir que había devuelto a las masas obreras a la fe en Cristo y cuya obra sagrada le había costado la vida (Caimari, 2010: 232)

> "El sufrimiento, compañeros, es el precio de todo lo que es sublime y de todo lo perdurable. La redención del hombre le exigió a Cristo la inmolación en la cruz. Nuestro movimiento peronista se había hecho, hasta ahora, sin dolor, aunque no con poco esfuerzo. Nos faltaban mártires, nos faltaban héroes, quienes con sacrificio propio fabricaran y aseguraran la felicidad ajena" (Democracia, 21 de julio de 1952: 1)

Evita era pues esa mártir del peronismo, porque tal como narraba la retórica mítico-religiosa del Estado peronista, ella había sacrificado su vida a favor de los descamisados. Semejante auto-sacrificio, primero, lo había realizado a través de interminables y agotadoras jornadas de trabajo en la Fundación Eva Perón, en las que atendía a los pobres antes que a los ricos y poderosos. Luego, mediante su decisión de no hacer reposo y de no

tratarse su enfermedad, para poder seguir cumpliendo su tarea de ayuda social. Todo lo cual le había significado, no sólo tener que padecer intensos dolores físicos, sino además, el que su muerte se precipitara tempranamente, a la edad de 33 años, a la misma edad de Cristo.

En sentido análogo, es decir con el afán de glorificar a Evita como mártir, la narrativa peronista consagró el día 22 de agosto como "Día del Renunciamiento". Y si bien, en honor a la verdad, Evita no renunció ese día al cargo de vice-presidente de la Nación, sino que lo hizo por radio recién el 31 de agosto, lo que interesa destacar al respecto es la operación llevada a cabo en torno a la idea de renunciamiento. Es decir, lo que la propaganda peronista buscó, al incluir este día en el "calendario peronista", fue instituir como característica fundamental y ejemplar de Evita su obrar desinteresado, un obrar que sólo tenía en cuenta la felicidad de su pueblo y de Perón; ya que como ella misma había afirmado:"no renuncio a la lucha ni al trabajo, renuncio a los honores" (Perón Eva, 1986: 354)

Cuando, finalmente, el 26 de julio de 1952 a las 20.25 hs "Eva Perón entró en la inmortalidad", el proceso de mitificación político-religiosa llevado a cabo por el Estado peronista en torno a su figura, lejos de atenuarse, encontró nuevo impulso. Es importante, sin embargo, destacar que las muestras de dolor y de devoción por Evita que dio el pueblo durante su velatorio fueron, sin duda, espontáneas y de hecho rebasaron todas las previsiones del gobierno. A punto tal, que debió éste extender los tres días, que tenía planificado durara el funeral, hasta dos semanas. Recién el 11 de agosto el cadáver de Eva Perón fue trasladado desde el Ministerio de Trabajo (edificio en el que se llevó a cabo el velatorio) hasta la Confederación General del Trabajo (C.G.T.). Lugar que se había establecido, por expresa voluntad de Evita, como residencia provisoria de su cuerpo hasta el traslado definitivo al monumento que se erigiría, de acuerdo con la Ley N° 14.124[11], en

[11] "Desde el año 1946, el gobierno había proyectado erigir un monumento al descamisado pero nunca había sido concretado. A mediados de 1952, este mismo proyecto se convirtió en el proyecto de monumento a Evita. El 7 de julio, la ley fue aprobada después de ochenta y cuatro discursos durante los cuales los legisladores se pusieron periódicamente de pie para vivar a Perón y a Evita y en los que ésta fue comparada con todas las grandes mujeres de la humanidad". (Navarro, 1994: 267)

memoria de quien había sido en vida y seguiría siendo desde la eternidad la "Jefa Espiritual de la Nación"

Resulta imposible dar cuenta de las múltiples acciones impulsadas por el aparato de propaganda peronista tendientes a consagrar a Evita como una santa. No podemos, sin embargo, pasar por alto dos hechos que resultan muy significativos al respecto. En primer lugar, la inmortalización del cadáver de Evita, a través del proceso de embalsamiento de su cuerpo, que la misma noche de su deceso comenzó a realizar el doctor Ara y que luego de un arduo trabajo, durante casi todo un año, terminó de concretar con gran éxito. En segundo lugar, el homenaje que se hizo a Evita el 17 de octubre de 1952. Ocasión en la cual el balcón de la Casa de Gobierno permaneció vacío y enlutado, en la que se escuchó primero la grabación del discurso pronunciado por Evita el 1° de mayo de ese año (en el que incitaba a los trabajadores a dar la vida por Perón) y en la que finalmente Perón leyó el testamento de ésta a una multitud silenciosa y expectante (Navarro, 1994: 278). Testamento en el cual Evita, además, de legar todos sus bienes a Perón y al pueblo y solicitar que se constituyera con estos distintos fondos de ayuda social, les pedía a sus descamisados, por un lado, que cuidaran a Perón como ella lo haría, y por otro, que siguieran escribiendo cartas a la Fundación dirigidas a su nombre como lo habían hecho cuando ella estaba viva. (Perón Eva, 1986: 424-427)

La necesidad del gobierno peronista de hacer sentir al pueblo, que aún después de muerta, Evita seguía estando presente "en cuerpo y alma", seguía ejerciendo, junto al General Perón, el eterno cargo de "Jefa Espiritual de la Nación", se desprenden con toda claridad de estos dos hechos que narramos. Todo lo cual, no significa que debamos considerar que el mito de Evita, de la Evita mártir y santa, fue producto sólo de las acciones que de modo consciente y planificado llevó a cabo la propaganda peronista. Si así lo hiciésemos incurriríamos en un imperdonable reduccionismo, puesto que un mito nunca se constituye como tal, sólo a partir de estrategias de manipulación simbólica. Por el contrario, si estas estrategias son posibles de realizar es porque existe una sociedad que se encuentra ávida de héroes míticos, es decir que necesita de figuras que expresen al

inconsciente colectivo, que lo ayuden a enfrentar sus temores y a poner de manifiesto sus deseos más profundos.

De hecho, no se explica de otro modo el que más allá del culto oficial, se desarrollara toda una ola de religiosidad popular en torno a Evita. Una religiosidad popular tan fuerte, que llegó incluso a construir altares privados (es decir en las propias casas de familia) para venerarla, pues creyó con fervor en su santidad y en el poder que ésta tenía para hacer milagros. A tal punto fue este fervor religioso por Evita, que hasta hubo quienes buscaron que el Vaticano reconociera oficialmente su santidad[12]. Y es que a los ojos del pueblo peronista, Evita cumplía con todos los requisitos que se necesitaban para ser santa, porque nadie como ella había desempeñado el papel de madre protectora, al haber intercedido siempre de un modo inmediato y amoroso a favor de los más desprotegidos. De allí, entonces, el paralelismo que la cultura popular estableció entre el culto a Evita y el culto a la Virgen María.

Paralelismo que fue leído por el catolicismo anti-peronista como una enorme herejía, producto de la intensa propaganda de un gobierno cada vez más totalitario, que no conforme con manipular a las masas con su política demagógica, pretendía además erigirse en una nueva religión y apoderarse de sus conciencias. Lectura esta que parece encontrar justificación en las acciones planificadas que realizó efectivamente - según dimos cuenta en este trabajo- el Estado peronista, con el propósito de sacralizar la figura de Evita. Sin embargo, nos parece que si bien esta entronización de Evita como mártir y santa, como "Jefa Espiritual de la Nación", contribuyó en gran medida a consolidar ese "cristianismo popular justicialista" que ella misma había impulsado, no es éste sólo producto de la voluntad todopoderosa del aparato de propaganda peronista. Como hemos intentado ir justificando a lo largo de este trabajo, tanto la emergencia del "cristianismo popular justicialista" como la conformación del "mito de Evita Jefa Espiritual de la Nación", deben

[12] "El 31 de julio de 1952 el Sindicato de Obreros de la Alimentación envió un telegrama al Papa Pío XII, en el que solicitó la beatificación y canonización de doña María Eva Duarte de Perón. La CGT, encabezada por su secretario José Espejo, un incondicional de Evita, propuso su consagración como " Santa Eva de América", del mismo modo que Santa Rosa de Lima." (Bosca, 1997: 133)

ser leídos a la luz de la pretensión hegemónica del peronismo de apropiarse y re-significar ese imaginario católico popular que había puesto en cuestión al orden liberal-conservador.

A modo de conclusión

La crisis de la hegemonía liberal durante la década del 30 fue una crisis en la que, entre otras cuestiones, también el proceso de secularización de la modernidad fue puesto en entredicho. De allí el surgimiento de un catolicismo de corte integral, que buscó apoderarse del espacio público a fin de re-cristianizar a la sociedad argentina, de lograr que el discurso religioso volviera a impregnar de sentido la vida cotidiana de los argentinos.

Tal como hemos intentado dar cuenta en esta ponencia, el surgimiento del peronismo no puede dejar de ser leído en este contexto, en tanto fue un movimiento político anti-liberal y anti-comunista que se sintió el heredero más genuino de ese catolicismo integral. Por ello, fue construyendo su identidad y buscando establecer su hegemonía, a partir de una lógica de articulación populista, es decir de una lógica que estableció continuidades con el imaginario católico integral (especialmente con su vertiente popular), pero al mismo tiempo estableció rupturas. La figura de Eva Perón jugó un rol central al respecto, pues al tiempo que se apropió del imaginario católico popular, de su lenguaje, de sus imágenes, buscó mostrar que el verdadero sentido de éste se encontraba más allá de la Iglesia, se encontraba en el peronismo. Esto no significó la construcción de una "Iglesia Nacional Peronista" como sostiene Bosca, sino antes bien, la emergencia de una nueva expresión de la religiosidad católica, estrechamente vinculada con lo político popular, a la que se puede denominar "cristianismo popular justicialista".

Ahora bien, según hemos buscado demostrar, la enfermedad y muerte de Eva Perón, no hicieron sino hacer aún más visible la emergencia de ese "cristianismo popular justicialista", porque en la sacralización de la figura de Evita, en la constitución del mito de Evita "Jefa Espiritual de la Nación" encontró éste a su referente, a su santa. No cabe duda, (y así de hecho hemos dado cuenta en detalle en este trabajo) del importante papel que en la

construcción de este mito jugó el Estado peronista. Sin embargo, insistimos en que no puede ser este mito reducido a mero producto de la propaganda peronista. Por el contrario, la fervorosa religiosidad popular que el mito de Evita generó, y aún genera, da cuenta que no sólo su figura, sino el peronismo en general, posee una dimensión simbólica tan potente, que expresa de un modo tan intenso al inconsciente colectivo popular argentino, que logró ir más allá de la domesticación a la que el propio Estado peronista buscó someterla.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, G. (2005). *La democratización beligerante del populismo*. Obtenido de www.historiapolitica.com.
- Bosca, R. (1997). *La iglesia nacional peronista. Factor religioso y poder político.* Bs Ars: Sudamericana.
- Caimari, L. (2010). *Perón y la Iglesia Católica*. Bs Ars.: Emecé.
- Cucchetti. (2005). *En publicacion: Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo.* Bs Ars: Centro de Estudios de Investigaciones Laborales, CONICET.
- Cucchetti, H. (2003). Algunas lecturas sobre la relación iglesia/ peronismo (1943–1955): entre el mito de la ″nación católica″ y la ″iglesia nacional″. *Revista Confluencia, año 1, número 1. ISSN 1667-6394* .
- E.S.P. (1952). *Clases de Eva Perón*. Bs Ars: Mundo Peronista
- Navarro, M. (1994). *Evita*. Bs Ars.: Ed. Planeta
- Perón, Eva (1951) *La razón de mi vida*. Bs Ars: Ed. Peuser
- Perón, Eva (1986). *Eva Perón: discursos completos (1949-1952)*. Bs Ars.: Ed. Megafón
- Plotkin (1994) *Mañana es San Perón.* Bs Ars: Ariel
- Zanatta, L. (1999). *Perón y el mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946).* Bs Ars: Sudamericana.

red de estudios sobre el peronismo